

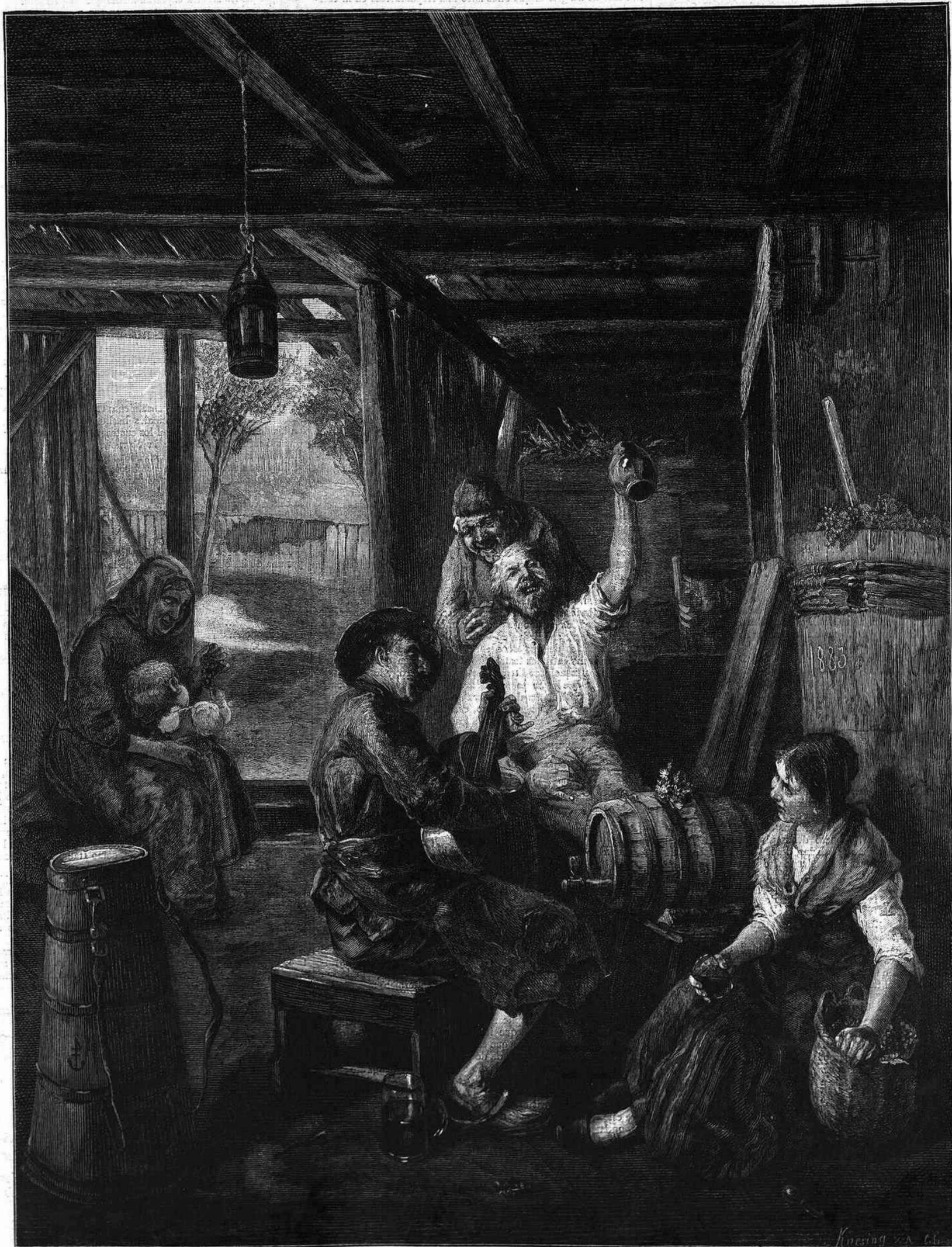
ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 25 DE ENERO DE 1886→

NUM. 213

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL VINO AÑEJO, cuadro de Ernesto Zimmermann

SUMARIO

TEXTO.—*La vuelta al año*, por don J. Ortega Munilla.—*Nuestros grabados*.—*El diablo lo envía*, por don Enrique Pérez Escrich.—*El pagaré (conclusión)*, por doña Carolina Coronado.—*Estudio de las corrientes del Atlántico*.—*Viaje á Filipinas (continuación)*, por el Dr. J. Montano.

GRABADOS.—*El vino añejo*, cuadro de Ernesto Zimmermann.—*Mis favoritos*, dibujo de G. King.—*El Otoño*, dibujo de Armet.—*La disputa del Sacramento*, pintura mural de Rafael.—*Reducción á un ¼, por medio del heliogravado, del anuncio impreso, colocado en los flotadores para el estudio de las corrientes marinas*.—*Flotador de cobre y flotador barril*.—*Un modelo pacífico*, cuadro de F. Kallmorgen.—*Danza de bodas entre los negritos*.—*Plantación del arroz al compás de la música por los tagalos*.—*Suplemento Artístico: Visitando el taller*, cuadro de Conrado Kiesel.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Huelga de los padres de la patria. — Rasgos cómicos de una elección. — Siempre hay en la vida risas y lágrimas. — El sainete y la tragedia viven pared por medio. — Una afrenta más y un soldado menos. — *Los Han-lon-lees*. — Músicos, actores, escenógrafos, cómicos y gimnastas. — Decadencia del movimiento literario. — Lamentación antigua. — ¿Cuándo y cómo habrá teatro Español?

La clausura de las Cortes ha quitado á Madrid uno de sus principales elementos de animación. De los trescientos padres de la patria que ordinariamente asisten á los debates parlamentarios, puede decirse que doscientos no viven en Madrid, sino mientras dura el período de las sesiones, y así que termina, regresan apresuradamente á sus hogares, donde les espera el cuidado de sus haciendas y de sus negocios, abandonados durante algún tiempo para ocuparse en hacer la felicidad del país. En cambio, á la proximidad de la lucha electoral, animanse los distritos con la expectativa de la contienda entre los intereses distintos, y entre las distintas personalidades.

Es llegada la época en que los grandes hombres descienden de su pedestal, para pisar el terreno mismo de los modestos ciudadanos; en que puede encontrarse á cualquier hora del día en su casa al candidato, anhelante de recibir á sus electores, y hacerles comprender el gran cariño que les profesa. Empiezan las idas y venidas de las caravanas electorales por todos los pueblos y aldeas de España; los rústicos festines organizados en casa de algún cacique para atraer algún elemento poderoso, algún gran señor de polainas ó algún ilustre Licurgo de abacería.

Tiene, sin duda alguna, el sufragio grandes cosas, pero también las tiene pequeñas; y de éstas hubiera podido escribir Moliere algunas comedias llenas de zumbas y gracias, pintando los tres lados más ridículos de la humanidad: el de la vanidad de los candidatos, el de la estupidez de algunos electores, y el de la avaricia de otros.

Las luchas de la vida llevan en sí todos los elementos dramáticos; al lado de la tragedia va el sainete; revueltos con los personajes que representan los dolores y las angustias de la humanidad, salen los otros que encarnan la risa y el regocijo. No hay tapiz persa en que con tanta profusión se mezclen el oro y la lana, como se mezclan las alegrías y las tristezas en el gran tapiz de la vida. Hé aquí porqué no es posible mirar á ninguna de las instituciones creadas por los hombres, ni aun á aquellas más antiguas y venerandas por su naturaleza, sin sorprender en ellas algún perfil burlesco, alguna mueca de la risa, algo que la arrebatte la respetabilidad.

No hay hombre grande para su ayuda de cámara, ha dicho el filósofo práctico; no hay instituciones serias para un pueblo libre-pensador, añadiremos nosotros. Con razón se quejaba un ilustre escritor de costumbres españolas, de que la generación nueva no toma en serio nada, y que es imposible sorprenderla en un momento de esos en que los músculos de la cara, apretados solemnemente, no dejan paso á la sonrisa. Ríese la edad moderna, de los hombres y de los dioses; del tirano que pega, y del profeta que anuncia los esplendores de una vida nueva; del artista que encanece ante el lienzo, y se mesa los cabellos, desesperado de no encontrar algo novísimo que impresión al público, y del sacerdote que, revestido con la dalmática de oro, entona ante el ara las viejas preces latinas. ¿Qué extraño es, pues, que en esta lucha electoral que se prepara veamos nosotros también muchos rasgos cómicos, muchas escenas burlescas, algo que sea pasto de la alegría y que hiera con las flechas de la sátira la institución fundamental de los pueblos libres, si una corriente general de risas y carcajadas engendra el chiste, produce la caricatura, esmalta de frases agudas las columnas de los periódicos, impregna la atmósfera de artículos profundos que hacen cosquillas en las narices, obligando á prorrumpir en carcajadas hasta á una estatua de piedra?

**

Lo que ha ocurrido en Cartagena, motivo es de tristeza para todos los españoles. Una intenciona aventura, á la que no podía seguir en modo alguno el triunfo, ha costado á la patria un soldado heroico, el general Fajardo. Cuatro disparos de arma de fuego han arrebatado á las filas de los ejércitos nacionales, á un gran combatiente, á una de estas encarnaciones de las milicias españolas, para las cuales la idea del valor va unida á la idea de la disciplina. Desangrándose por sus cuatro heridas, con la pierna mutilada cayendo en jirones, deshecho en esquivar el hueso del muslo, así fué el general Fajardo, en hombros de cuatro soldados, desde los muros del castillo de San Julián, hasta una casaca abandonada, donde se le prestaron los primeros socorros; cuatro horas horribles en que la naturaleza no le permitió siquiera la anestesia de un síncope que, suprimiendo en él las funciones vitales, le ahorrara inútiles dolores. Cada paso de aquellos soldados hacía vibrar las esquivas del muslo deshecho, y balancearse los filamentos de los músculos martirizados. Sin duda que en aquella triste caravana que bajaba desde las laderas del castillo de San Julián hasta el llano cercano á la ciudad, iban, bien que invisibles, esos ángeles de alas negras que bajan á los campos de batalla á poner coronas de luz en la frente de los soldados heroicos, y á entonar el himno del triunfo para aquellos que han sido vencidos por la muerte.

**

Dentro de pocos días aparecerá en un teatro de Madrid, que según parece es la Zarzuela, la *troupe* cómico-gimnástica de los *Han-lon-lees*, cuya reputación es europea. Se trata de la aristocracia de los payasos, de la *crème de los clowns*, de la estirpe más gloriosa de los fantoches humanos. Emulos de aquel célebre payaso parisiense llamado Deburau, á quien el crítico Julio Janin encontró tan admirable que le dedicó un libro haciéndole representante de una época del arte de expresar los sentimientos con gestos y actitudes, los *Han-lon-lees* son gimnastas, pantomimos, músicos, bailarines, héroes, jinetes; y lo que es aun más, compositores de música y autores dramáticos. Son cuatro hermanos, cada uno de los cuales tiene una aptitud especial. Ellos escriben sus pantomimas; ellos construyen los aparatos que son necesarios para sus *trucs* inverosímiles; ellos componen la música que ha de ejecutarse durante la representación, y hasta pintan algunos detalles de las decoraciones.

El gran éxito de su vida ha sido el «Viaje de M. Perrichon»; el segundo acto pasa en un *Heeping-car*, y todo él es una serie de cómi-

cas escenas en que aquellos prodigiosos gimnastas y aquellos admirables mímicos interpretan la situación con todos los medios de que dispone un actor consumado, el de la voz excepto, y añadiendo á las inspiraciones de Talía, los alardes de fuerza y agilidad que constituyen el encanto de los Circos é Hipódromos.

Los *Han-lon-lees* son muy ricos, y ganan tanto dinero como una prima donna célebre, ó como un violinista notable. No deja de ser un signo social de nuestra época el que se enriquezca una comarsa de payasos haciendo reír á la humanidad con sus gracias de mono, y con sus invenciones de diablillo jocoso. Hé aquí cómo volvemos de nuevo al punto de partida: la humanidad necesita reírse, y paga y aplaude á todos los que le sirven el plato más de su gusto, la alegría.

**

Obsérvase este año muy escaso movimiento literario. En los teatros de Madrid no se estrenan obras de importancia; y en los escaparates de las librerías no aparecen nuevas producciones de los mayores ingenios. La vida teatral de España está reducida á los coliseos de segundo y tercer orden, donde se ponen en escena juguetes cómicos, ó revistas del año, que por lo general, y salvo contadas excepciones, no tienen nada que ver con la literatura.

El teatro Español no consigue dar animación á sus funciones; verdad que le falta el primer elemento necesario para ello, un actor bueno. En el teatro de la Comedia, y en el de la Princesa, rivales que con varia fortuna se disputan el público elegante, se ponen en escena traducciones francesas. No se ve un solo rasgo por donde pueda colegirse, en lo futuro, la regeneración del teatro nacional y el renacimiento de las glorias que otros años han resplandecido en la escena de Roma.

Las compañías dramáticas suelen ser en España un conjunto de actores medianos que acompañan á un gran actor; este entona todas las noches su aria, y los demás llevan la parte del coro. Acontece, como ahora, que una enfermedad aguda y grave hiere á Vico, y el teatro desaparece; no hay en segunda ó tercera fila un joven de mérito é ingenio, capaz de ocupar, siquiera sea interinamente, la plaza del maestro. Es bien triste, pero es muy verdad. Se han escrito cientos de miles de folletos, y multitud de artículos para analizar la causa de la ruina del teatro nacional: unos la ven en que el público no acude á las representaciones clásicas, ni á las de los autores de más mérito; otros, en que el Conservatorio de música y declamación, donde se forman las generaciones de artistas, está mal organizado; hay quien supone que una ley fatal y desconocida pesa sobre España en esta materia, privándonos de poesía buena, intérprete de nuestras letras; otros, en fin, creen que construyendo un grandioso edificio, ó teniendo para él la protección del Estado, y dándole una organización semejante á la que en París tiene la Comedia francesa, y otros teatros subvencionados por el gobierno, se conseguiría sacar de entre todas estas es la verdadera; tal vez todas ellas lo sean, y las causas de la ruina se confundan unas con otras, formando un todo abrumador que pesa sobre este gigante coronado de flores que yace en tierra como un gladiador vencido, el arte dramático español.

No he de venir con opiniones nuevas, pero creo que el buen sentido exige pedir lo que más fácilmente pueda conseguirse para no entorpecer con sueños irrealizables, que se fundan en el sumo bien, la parte de bien posible que sería fácil realizar inmediatamente. Creo que el Estado debía intervenir con su acción material para prestar los medios del Erario público á un negocio ruinoso, como es hoy el del teatro Español; destinar una cantidad anual considerable á embellecer aquel coliseo y agrandarle; formar una compañía en que figurar seis ó siete actores de reconocido mérito, que no faltan en España, y que andan desperdigados por las provincias y por los teatros de la corte; nombrar una dirección suprema, no de académicos, sino de los autores más en boga, de aquellos que, sin necesidad de acudir á las urnas, el sufragio público indica como indiscutibles para llevar la representación del arte; y sin arrebatar al actor ninguna de sus preeminencias sociales, ni aquella independencia del genio, que después de todo se impone á los reglamentos, y si es preciso los rompe, establecer cierta disciplina teatral, en virtud de la que el actor obedezca á una dirección de escritores, como sucede en la Comedia francesa de París. Si además de esto, se ponía en escena, una vez á la semana, una obra clásica, representándola con un lujo extraordinario, y con el esplendor que aquí sólo se usa para los dispartes llamados zarzuelas de gran espectáculo, el público acudiría, y tomaría el gusto á una diversión que, poco á poco, iría formando su espíritu para un porvenir glorioso. Lo que creo que sin grave responsabilidad moral no puede continuar así, es la situación presente; porque llegará un momento en que las obras de nuestros grandes ingenios, nuestro teatro gloriosísimo y sin par, sean desconocidas de la generación nueva; y perdidos los jalones que marcan el camino al ideal, los escritores por venir se pierdan en la noche de las imitaciones francesas, y en las tinieblas de una decadencia lamentable. En una palabra, cuando la lucha entre los teatros de segundo orden que dan obras agradables, aunque poco literarias, por poco dinero, y los teatros de primera línea que hacen pagar sus localidades muy caras, y ponen en escena, á la diablo, cualquier obra de poco mérito, encargándose de representar actores sin ninguno, cuando esta lucha sea posible por las condiciones que les igualen á los que se disputan al público, entonces, si este no acude al llamamiento de las artes, entonces habrá motivo para juzgarle acerbamente; entre tanto, nó.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

EL VINO AÑEJO, cuadro de Ernesto Zimmermann

Los que no conocen á la Alemania moderna, creen buenamente que un alemán continúa siendo una especie de hombre, con un colmillo móvil en forma de pipa y un apéndice en forma de jarro de cerveza. ¡Error, profundo error, que se desvanece en cuanto el extranjero atraviesa el magnífico puente de Kiel!

En ningún país del mundo existen más almacenes ó despachos de cigarrillos *habanos*, en cuyas cajas, y para mayor autenticidad, se lee *havannos*; y pocos países productores de vinos, Jerez inclusive, rinden más ferviente culto á Baco que los ciudadanos de aquel reino en que el Rhin baña las cepas del príncipe de Metternich, más famoso por su vino de Johannisberg que por el tratado de la Cuádruple Alianza.

No de otra manera se explicaría el cuadro de Zimmermann, alegre apoteosis del vino alemán, que inspira al entusiasta cosechero un brindis que realmente parece que estemos oyendo. En esta composición todo huele á vino; la alegría de los personajes es de un carácter *calamocano*, y sin que el rancio zumo de las uvas haya impreso en los semblantes las huellas vergonzosas de los bebedores del célebre cuadro de Velázquez, es indudable que los efectos del vino trascienden á esas fisonomías que visiblemente se van embruteciendo.

De este cuadro, por otra parte perfectamente ejecutado, se puede decir que todo está en carácter.

MIS FAVORITOS, dibujo de G. King

Sin que seamos partidarios de la manera de hacer inglesa, en la cual encontramos cierta *tiensura*, cierta frialdad poco artística, aunque muy en consonancia con el carácter de las obras todas de John Bull, hemos de hacer una excepción á favor de los artistas de la Gran Bretaña cuando se dedican á reproducir tipos ó escenas de la vida infan-

til. A nuestra manera de ver, los ingleses se pintan solos para pintar niños.

Véase, sino, la composición de King que hoy publicamos, y dígame si cabe más naturalidad, más candor, más simpática factura que la de esa criatura gentil, que comparte sus atenciones entre el pequeño felino que abraza en su seno y el manso cordero que sigue sus pasos... ¡Con cuánta corrección está trazado el grupo! ¡Con qué talento está presentado el lugar de la escena!... La protagonista se halla en la primavera de la vida, y en la primavera se encuentra cuanto la rodea.

¿Es intencionado en el autor el pensamiento de que uno de los favoritos de la inocente niña sea un individuo de la traidora felina raza?... ¿Ha querido advertirnos que la mujer está condenada á luchar en sus afectos entre el manso cordero destinado fatalmente al sacrificio, y el gato traicionero que tarde ó temprano araña á quien le prodiga sus caricias?... Si así es, raras veces una lección moral habrá tomado forma más candorosa, ni desprendido de idilio más simpático.

EL OTOÑO, dibujo de Armet

En cualquier género pictórico cabe que se revele con igual facilidad el talento de un artista; pero cuando de un cuadro ha de desprenderse algo más que la corrección de la forma, cuando ha de dar idea de un sentimiento dominante en el autor, es indudable que las dificultades aumentan á medida que los objetos reproducidos son menos susceptibles de expresar esos sentimientos. En este orden de ideas, un paisaje dirá siempre menos que una escena de la vida social, porque los árboles expresan menos que las personas.

Y sin embargo, la naturaleza, aun en sus manifestaciones no personificadas, es un gran poeta, y el que sorprende esa parte inmaterial de sus escenas, está seguro de imprimir á sus paisajes una poesía tan comprensible, tan evidente, como pueda resultar de la representación de la más tierna ó dramática escena del mundo de las pasiones y de los afectos humanos. Nuestro compatriota, el pintor Armet, ha sorprendido ese secreto de la naturaleza; y por esto sus paisajes son algo más que agrupaciones de árboles exactamente copiados del natural; sus obras no se apartan de la verdad y hablan, digámoslo así, al sentimiento; sus paisajes son una poesía pintada, como las églogas de Meléndez son unos paisajes rimados en español idioma.

El Otoño que publicamos en el presente número entristece al que lo contempla; en él ha producido su autor una naturaleza que se muere; no ha llegado aún la estación del frío, y el frío se siente prematuramente. *El Otoño* de Armet es la vida que se va, espectáculo más conmovedor que el de la vida que se ha ido!...

LA DISPUTA DEL SACRAMENTO,

pintura mural de Rafael

Cuando el papa Julio II quiso completar la fama que le habían proporcionado la habilidad de sus negociaciones diplomáticas y las victorias conseguidas por sus soldados, confió á su arquitecto, el célebre Bramante, la empresa de proyectar tales templos y tales palacios que, por lo grandiosos, compitieran con el alcance de sus miras políticas. Para cumplir dignamente el encargo pontificio, el Bramante llamó á Roma á su pariente Rafael, á la sazón de veinticinco años, á quien el Papa, con el dón especial que tenía de medir instantáneamente el valor de los hombres, defirió la decoración de los salones del Vaticano, empezando desde luego por el de la *Segnatura*.

Como esta sala servía de introducción y era, digámoslo así, el prefacio de las demás estancias del palacio papal, quiso formular, por medio de su decoración, el pensamiento capital del desarrollo de la historia humana, cuyos principales hechos se proponía representar en los demás salones. De aquí los cuatro pensamientos abstractos á que dió forma en la sala de la *Segnatura*, á saber: la Teología, la Filosofía, la Poesía y la Justicia. Para representar á la Teología pintó la *Disputa del Sacramento*, reproducida en nuestro grabado. De ella puede decirse que es el más poderoso y bien terminado empeño de su factura primitiva, notabilísima por la limpieza de sus tonos, por la calma encantadora de su expresión, por su carácter esencialmente religioso, por su tendencia al misticismo todo pureza de la Edad media, y por el sello especial de la escuela del Perugio, que fué el maestro del inmortal artista.

La *Disputa* fué el asombro de su tiempo y es tenida aún hoy día por una de las obras más acabadas de la escuela italiana.

UN MODELO PACÍFICO cuadro de F. Kallmorgen

El autor de esta obra debía estar de buen humor al concebirla. ¿Es epigrama?... ¿Se ha propuesto satirizar el afán con que los artistas se apoderan de cualquier modelo que se preste dócilmente á sus exigencias?

Sátira ó no sátira, la obra es bella y demuestra que su autor es tan diestro en el dibujo de figuras como elegante paisajista.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VISITANDO EL TALLER, cuadro de C. Kiesel

El público que visitaba la exposición de Munich en 1883 se detenía ante un cuadro original de un pintor, si no desconocido, poco apreciado hasta entonces. Se sabía de él que tenía treinta y siete años escasos, que había estudiado sucesivamente y sin gran éxito la arquitectura, la escultura y últimamente la pintura; que de Dusseldorf, su patria, se había trasladado á Berlín, donde había recibido lecciones de Schaper; y que él mismo no acertó á comprender su vocación hasta después de haber verificado un viaje á Holanda, que es la piedra de toque de los artistas del Norte, como Italia lo es de los artistas del Mediodía.

La obra del expositor de Munich era notable por la corrección de su estilo y por cierta elegancia aristocrática que aflaba desde luego á su autor entre los hombres de buen tono. Pero las cualidades más salientes de la composición eran el sentimiento que todo en ella respiraba y un conocimiento del color, que era tan fresco como apropiado, tan brillante como valientemente aplicado á la tela.

Buscaban todas las miradas al joven cuya estrella aparecía radiante en el firmamento artístico, y le buscaron en vano. Los que sabían de él aseguraron que, huyendo los aplausos del mundo, concentraba todos los afectos en la vida de familia.

El laureado autor era Conrado Kiesel.

Su obra, tan admirada, el cuadro cuya reproducción publicamos,

EL DIABLO LO ENVÍA

Escenas de la vida real

POR DON ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

I

El tío Orejón y su familia

Allá por los años 1820 existía al pie de Sierra Nevada una venta en donde los viajeros encontraban de *todo* menos de lo que pedían.

Esta venta, como otras muchas de su calaña, ya no

existe; las vías férreas las han convertido en ruinas y de ellas sólo quedan restos de muros que sirven de albergue a los lagartos y a los murciélagos.

La venta de que se trata llevaba el pomposo nombre de *Venta del Sol*, sin duda porque en unas tablas mal unidas y rústicas, la inexperta mano de un embadurnador vagabundo había pintado con almazarrón una cara redonda y mofetuda que despedía rayos en todas direcciones.

Aquel sol, que campeaba encima de la puerta, desteñido y averiado por las escarchas del invierno y el polvo del verano, tenía una particularidad bastante original y nunca imaginada por los pintores que sobre el lienzo, el cobre y la madera pintaron antes y después la efigie del padre fecundador de la tierra.

Esta particularidad consistía en que el *sol* de la venta de Sierra Nevada ostentaba una enorme oreja en el carrillo derecho.

Una cara con dos orejas se comprende y se ve con frecuencia, pero con una oreja sola hace reír a los ignorantes y pensar a los sabios.

Era indudable que aquello envolvía un misterio que arrancaba un grito de sorpresa a los amantes de la ciencia de tejas arriba, porque ellos siempre habían visto el sol sin orejas; pero un sol con orejas, ó por mejor decir, con una oreja sola, motivo era de profundas meditaciones.

Y sin embargo, nada tan en su sitio como aquel enorme cartilago que asombraba a los extraños; pues no era otra cosa que el emblema, el escudo de una familia; porque todos los de la comarca conocían a la ventera con el apodo de la *tía Orejona*, a su hija por la *Orejoncito*, y de esto resultó lógicamente que el ventero, jefe de la casa, se llamara el *tío Orejón*, el cual había hecho pintar una oreja enorme en el *sol* de su puerta como *marca de fábrica*.

Después de esta explicación, que conceptuamos indispensable para el interés de la presente historia, diremos que el deteriorado *sol* de la puerta no era más que una débil muestra exterior de las malas condiciones interiores con que tropezaba el viajero que tenía el mal acuerdo de buscar hospitalidad en la susodicha venta.

Los traginantes prácticos en aquella carretera, las diligencias, las galeras aceleradas, las sillas de postas y los arrieros, pasaban de largo por la *Venta del Sol* prefiriendo caminar una legua más y hacer noche en la famosa ciudad de Guadix, llamada por los árabes Río de la vida.

Aquel caserón desmantelado y sombrío iba poco a poco convirtiéndose en un desierto por delante del cual pasaban diariamente muchas personas sin detenerse, y algunas de ellas, como medida de precaución, se santiguaban apretando el paso.

Todas estas cosas eran sobrado motivo para que los dueños de la *Venta del Sol* agriaran su carácter y pasaran los días y las noches echando sapos y culebras por la boca contra todos aquellos que cruzaban de largo la carretera sin dejarles otra ganancia que el polvo del camino.

El ventero era un hombre de cincuenta y seis años, bajo de cuerpo, fornido de espaldas, con una enorme cabeza que parecía hundida entre los hombros, aspecto repugnante y taciturno, cejas espesas y caídas sobre los párpados como si sirvieran de pantalla para ocultar las miradas de sus pequeños y verdosos ojos. Su pelo era crespo y gris y nunca había tenido roce íntimo ni con el peine ni con la pomada.

Cada cinco ó seis meses el primer esquilador que pasaba por la carretera, le cortaba el pelo al rape, sentado al sol, y el ventero le pagaba el trabajo con una copa de vino.

El *tío Orejón* era casado. En todo el universo hubiera sido difícil encontrar una hembra más adecuada para el ventero que la *tía Orejona*: era su media naranja, su verdadera Eva.

Más que marido y mujer parecían hermanos gemelos; por eso nunca podían echarse nada en cara, ni en lo físico ni en lo moral.

La *tía Orejona* era digna del *tío Orejón* y al llamarla mujer se la calumniaba.

En cuanto a la *Orejoncito* era una muchacha desgarbada, con formas y movimientos hombrunos, más dispuesta a morder que a sonreír, y tan poco favorecida por la naturaleza, que a su lado la famosa *Maritornes* de Cervantes podría creerse con razón una Venus.

Aseguraban malas lenguas que el *tío Orejón* desaparecía de la venta y permanecía fuera de ella, cuatro, ocho y hasta quince días, y que unas veces regresaba contento con algunos duros en la faja y otros cariacontecido y malhumorado.

¿Adónde iba el *tío Orejón* durante esas ausencias? Era un misterio para la generalidad de los curiosos, aunque no faltaba quien asegurase que en estas expediciones se le había visto en los barrancos de Sierra Nevada acompañado de cierta gente de mal vivir y con un trabuco debajo de la manta.

El *tío Orejón* y la *tía Orejona* habían tenido un niño del que no se acordaba nadie en la casa.

A la edad de ocho años el chiquitín era un verdadero salvaje; cuando llevaba camisa no llevaba pantalones; pero en cambio no había usado nunca ni gorra ni zapatos.

Sus padres no se tomaron la molestia de enseñarle nada; no sabía leer: bien es verdad que el *tío Orejón* y la *tía Orejona* sobre este punto nada podían echarle en cara a su hijo, porque ellos tampoco sabían leer.

Cuando el muchacho hacía alguna travesura, propia de la infancia, la madre le largaba un cachete y el padre un puntapié. Estas dos fuerzas impulsivas le hacían andar seis ó siete pasos desnivelado hasta que faltándole el equilibrio rodaba por el suelo, ganándose alguna descalabradura.

Estos golpes de *fortuna* se los curaba el muchacho sin necesidad de médico ni de botica, pues los únicos remedios que empleaba eran el aire y el polvo del camino.

El muchacho tenía una naturaleza de hierro y un estómago de avestruz; se comía los caracoles crudos, y la carne del lagarto asada sobre una mata le parecía un manjar digno de los dioses.

Una tarde se detuvo en la venta uno de esos comerciantes que recorren las ferias de la provincia llevando sus géneros en un mulo y la vara de medir en la mano, especie de *Simón* de Mantua, andaluz que tenía su residencia en Granada.

El comerciante, mientras tomaba su mulo un pienso y le condimentaban a él en el desmantelado hogar unas sopas de ajo para fortalecer su cuerpo, vio al muchacho desnudo como un salvaje, negro como un chicharrón y con el pelo erizado, y se compadeció de él.

Entonces se le ocurrió un pensamiento y le propuso al *tío Orejón* que le cediera al muchacho.

El ventero vio un negocio en esta proposición y cambió una mirada con su mujer que en un rincón del hogar daba el pecho a una niña de pocos meses.

Aquella mirada que el *tío Orejón* dirigió a la *tía Orejona*, quería decirle:

—Puede que esté nos valga algo: veamos.

Y efectivamente, después de muchos dimes y diretes el comerciante compró al niño por seis duros y un pañuelo de lana para la madre, ofreciendo además, puesto que él no tenía hijos, tratarle como a tal y hacer de aquel rapazuelo un hombre de bien y de provecho.

Desde entonces habían trascurrido veinticinco años sin que el *tío Orejón* y su mujer se hubieran vuelto a acordar de aquel pobre muchacho.

Todo su amor paternal, todo su cariño, toda su ternura se habían reconcentrado en la hija a quien, como un escarnio de su excesiva fealdad, se le ocurrió ponerla por nombre Serafina, lo cual hacía reír a muchos y fruncir las cejas a la interesada.

Después de los antecedentes que dejamos consignados creemos llegada la hora de comenzar la acción de la presente historia.

Era una noche del mes de diciembre, soplab el viento produciendo toda esa larga graduación de lamentaciones que tan tristes ecos levantan en las casas desmanteladas.

Las ventanas, las puertas, las chimeneas, gemían como si el viento al penetrar por las rendijas se hiciera daño.

La *Venta del Sol*, vecina a los ventisqueros de la sierra y azotada por el sople del huracán, era, la noche que nos ocupa, una mansión de pavorosas lamentaciones muy a propósito para quitar el sueño a los espíritus tímidos, pero ninguna mella causaba a los dueños de la venta que, reunidos junto al hogar, permanecían inmóviles como estatuas, con las miradas fijas en el fuego.

Sobre una pequeña mesa de pino, que había tomado un color oscuro por los años y la suciedad, se veían unos trozos de pan negro, un jarro de vino y una cazuela vacía en cuyo fondo descansaba una cuchara de madera.

El *tío Orejón* y su familia acababan de cenar *sobriamente*, y como si aquella pobre cazuela de gachas, con que acababan de adormecer las exigencias del estómago, les hubiera producido tristeza, nadie hablaba.

Así trascurrió como un cuarto de hora. Aquello no era el silencio de la digestión precursor del sueño, puesto que la familia de los *Orejones* tenía los ojos abiertos y el aspecto taciturno.

De pronto el ventero movió un poco el cuerpo como si se cansara de la inmovilidad y, apartando la vista del fuego, la fijó primero en su mujer, luego en su hija, y comenzó a murmurar en voz baja algunas palabras ininteligibles.

—¿Qué estás rezando?—le preguntó la *tía Orejona*, con una voz que tenía algo de gruñido.

—Yo no rezo; maldigo,—contestó el *tío Orejón*.

—Malas son las maldiciones para ganar el cielo, padre,—dijo a su vez Serafina.

—El cielo no se ha hecho para nosotros, se ha hecho para los justos y para los santos, y creo que ni vosotras ni yo tenemos pretensiones de alcanzar un rincón en el cielo.

—Pues mire V., padre, yo estoy segura de que algunos santos que se hallan en la gloria no han sufrido en esta pícara tierra tanto como nosotros, porque esto no es vida.

—¿Y tengo yo la culpa?—exclamó el *tío Orejón*, dirigiendo una mirada feroz a su hija.

—Yo no le reconvengo a usted.

—¿Pues a quién?

—Qué sé yo... Al demonio, a nuestra mala suerte, porque otros venteros hay en el mundo y no lo pasan mal, mientras que nosotros... ¡Ah, si yo fuera hombre!...

—¿Qué harías?—preguntó el *tío Orejón*, riéndose y enseñando una boca que tenía algo de caverna.

—Haría lo que hacen los hombres de corazón, ganarse la vida en un camino,—exclamó Serafina, rechinando los dientes como la hiena que se dispone a morder.

El *tío Orejón* sacó con mucha calma un trozo de tabaco negro del bolsillo y comenzó a picarlo para hacer un cigarrillo.

En esta operación empleó aproximadamente dos minutos durante los cuales volvió a restablecerse el silencio en la familia.

Cuando el ventero tuvo liado el cigarro, cogió una ascua con las tenazas y lo encendió, despidiendo una bocanada de humo, y después de haberlo tragado, reanudó la conversación de esta manera:

—Si tú fueras hombre, era preciso que corrieras mucho

para llegar a donde ha llegado tu padre. A ésta (el *tío Orejón* extendió la mano derecha) le han llamado los valientes de Sierra Nevada la *Guadaña*, y a ésta (extendió la izquierda) la conocen en las carreteras de Andalucía con el nombre de *Sepultura*. Aun no ha nacido un hombre que se me suba a las barbas sin medirle las costillas, y sabido es que lo mismo se arriesga el gajnate asaltando una diligencia cargada de pobres que cargada de peruleiros y mejicanos. En estos tiempos los que viajan llevan la menor cantidad de plata posible, y por eso algunas veces en vez de encontrar un bolsillo con cien doblones, encontramos uno con cien reales. ¿Qué harías tú en estos casos? lo que hace tu padre, *tascar* el freno, lamentarse de su mala suerte y desahogar su mal humor del modo que el diablo le proporciona.

El ventero chupó su cigarro, y como nadie tomó la palabra para refutar su discurso, volvió a decir:

—Las mujeres siempre decís: «¡Si yo fuera hombre!...» y con eso levantáis a los hombres de cascos haciéndoles cometer locuras que les hacen muchas veces concluir bailando una zarabanda en la horca. ¿Qué has querido decirme con eso?... ¿Que soy un cobarde? ¿que temo a las balas de los escopeteros? Ya sé yo que tú me conoces. Si estoy en casa royéndome los puños de hambre y careciendo de todo, no es por miedo, sino por prudencia. Estos días he tenido aviso que recorre la sierra una compañía de carabineros y cada mochuelo se ha metido en su olivo. Es preciso ser cautos y mal intencionados.

—Sí, pero mientras tanto se acerca la fiesta de Guadix,—añadió la *tía Orejona*,—y tu hija Serafina no tiene ni el pañuelo de seda ni la peineta que le hemos ofrecido.

—Sí, sí, ya sé yo de dónde nace el malhumor de Serafina; pero en vez de desconvenirme valdría más le pidiera al diablo que nos mandara esta noche un huésped rico para desplumarle.

—Pues bien, señor diablo,—añadió Serafina dando una patada en el suelo,—mándeme V. un huésped rico y yo juro que no le salva ni la paz ni la caridad.

Un golpe seco resonó en la puerta de la venta y el aire produjo en la chimenea un largo lamento.

Los *Orejones* se miraron los unos a los otros.

Trascurrió un instante en el mayor silencio y volvió a oírse otro aldabonazo en la puerta, más ruidoso que el primero.

El *tío Orejón* se sonrió como un condenado, se levantó y, cogiendo el candil, dijo:

—Vaya, puesto que el diablo me lo envía, bien venido sea.

II

Las onzas de oro

—¿Quién?—preguntó el *tío Orejón* con malhumorado acento.

—Un caminante que busca posada,—contestó una voz fresca y varcnil desde afuera.

—Voy al momento.

El posadero quitó la barra a la puerta y abrió el postigo.

Un hombre a caballo envuelto en una capa se hallaba parado ante la puerta.

—Espere V.,—dijo el *tío Orejón*,—voy a abrir del todo para que pueda entrar sin apearse.

—No hay necesidad,—contestó el desconocido echando pie a tierra con ligereza.

—Serafina, trae una luz,—gritó el posadero apartándose para dejar paso libre al hombre y al caballo.

Serafina apareció con un farolillo más abundante de pábilo que de aceite y se lo entregó a su padre.

—Sígame V.,—añadió el *tío Orejón*,—y meteremos el caballo en la cuadra.

El posadero, al desembozarse el desconocido, había visto de reojo que llevaba una gruesa cadena de oro que bajando desde el cuello cruzaba el pecho, perdiéndose en el bolsillo izquierdo del chaleco, y dos gruesos brillantes que relucían como dos ascuas en la pechera de la camisa.

El caballo era un precioso animal de raza cordobesa ricamente enjaezado que llevaba a la grupa unas alforjas tan lujosas como repletas.

Los ojos del *tío Orejón* y los de su hija Serafina brillaron con el fuego de la codicia, porque uno y otra comprendieron que el huésped, que la casualidad ó el diablo le enviaba, debía ser rico.

—Mientras dejamos en la cuadra el caballo de este señor,—añadió el posadero,—aviva tú un poco el fuego de la chimenea que no le vendrá mal a nuestro huésped calentar el cuerpo.

—Dice V. bien,—añadió el desconocido,—hace un frío de todos los diablos y tengo los pies y las manos heladas.

El *tío Orejón* y el viajero desaparecieron el caballo, le abrigaron los lomos con una manta, le echaron un pienso, y cargando con las alforjas ambos se dirigieron a la cocina en donde ya ardía una buena lumbre.

El desconocido dirigió una mirada investigadora en derredor suyo. La luz del candil era tan débil que los ángulos de aquella desmantelada pieza permanecían en la sombra.

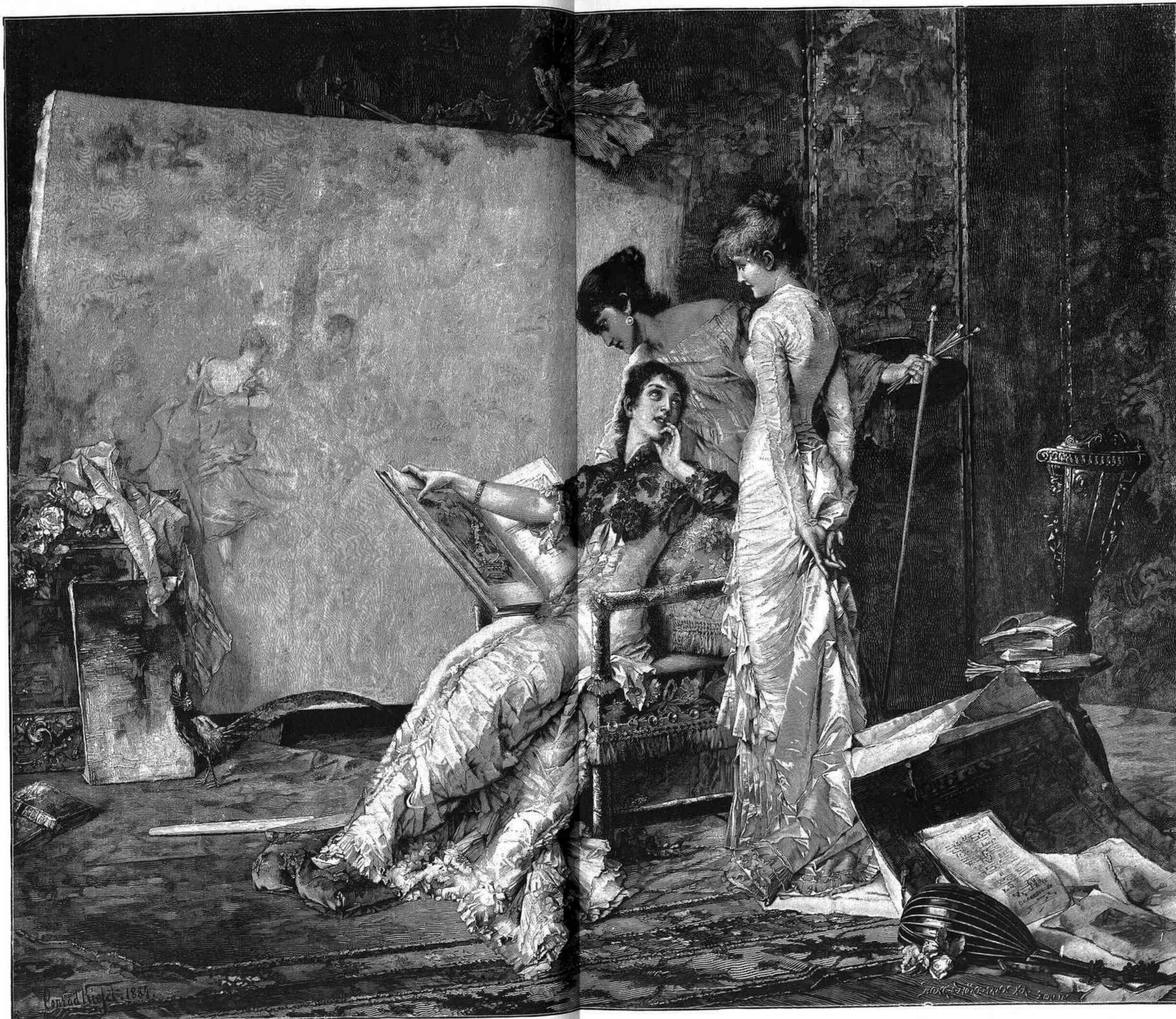
En uno de estos ángulos, sentada en un banquillo, se hallaba la *tía Orejona* con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza apoyada en la pared, silenciosa y muda como una estatua de piedra.

Sin embargo de su inmovilidad, la *tía Orejona* clavaba sus ojos en aquel huésped al parecer rico que les había enviado indudablemente el diablo.

El forastero, que lo reconocía y estudiaba todo con



MIS FAVORITOS, dibujo de G. King

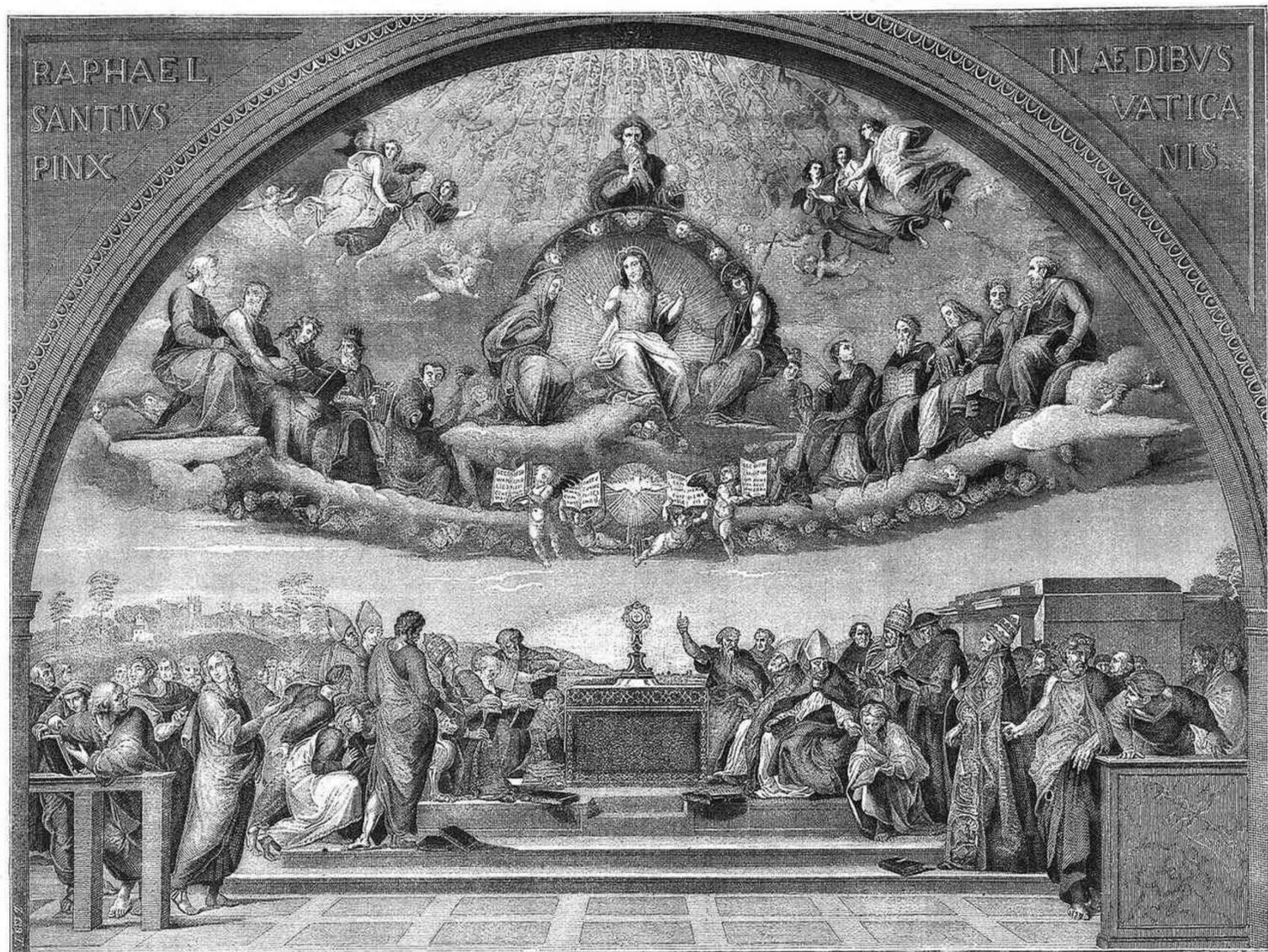


VISITANDO EL TALLER, DIBUJO DE CONRADO KIESEL





EL OTOÑO, dibujo de Armet



LA DISPUTA DEL SACRAMENTO, pintura mural de Rafael

cierta tenacidad, vió, á pesar de las tinieblas que le envolvían, á la tía *Orejona*, sin duda porque los ojos de aquella mujer despedían en la oscuridad los fosfóricos reflejos de las pupilas de las hienas.

El desconocido cogió una silla, se sentó junto al fuego dejando en el suelo y á su lado las repletas alforjas.

Nunca un caminante fué recibido con menos palabras en una venta que lo había sido el que nos ocupa; y eso que los venteros antiguos lo mismo que los modernos distinguen y agasajan á sus huéspedes según el mayor ó menor mérito del *arre* que les conduce, y nuestro desconocido montaba un caballo cordobés de gran precio y adornaban su persona el oro y los diamantes.

Mientras que el desconocido lo examinaba todo sin desplegar los labios y la posadera miraba al forastero con fosforescentes ojos, algo apartados de ellos, á la entrada de la cocina, el tío *Orejón* y su hija mantenían en voz muy baja este corto diálogo:

—Padre... ¿ha visto V. la cadena de oro?

—Sí.

—¿Y los botones que lleva en la pechera?

—Sí.

—Debe ser rico.

—Sí.

—Y es muy tonto el que no se aprovecha de las ocasiones.

—Sí... sí... sí...

Estos monosílabos, pronunciados con una graduación creciente y sombría, encerraban un poema sangriento para Serafina y el tío *Orejón*.

El forastero, que al parecer no recelaba los peligros que en la posada le amenazaban, dijo con mucha calma dirigiendo la palabra á la posadera:

—¿Usted será la tía *Orejona*?

—Así me llaman de mal nombre en esta pícara tierra.

(Continuará)

EL PAGARÉ

(Conclusión)

Alvaro, siempre vertiginoso, corrió despavorido por el jardín con la cabeza ardiendo y sin ver la tierra que pisaba.

Valeria que había salido tras él y presenciado la escena, gritaba espantada pidiendo socorro, y Rosita, asida á la falda de su madre, daba grandes gemidos; pero las gentes estaban lejos y al infeliz Samuel se le habían enredado las algas en el pescuezo. Si las flores amarillas hubieran sido de oro rígido, de seguro hubiera podido salvarse agarrándose á ellas, pero eran tiernas flores y se ahogó.

Cuando acudieron las gentes campesinas y le sacaron ya estaba muerto. Rosita no aguardaba ver entre los peces que alimentaba con migas de pan, aquel pez humano que se nutría de pagarés. Este pagaré se le había clavado en el gáznate como la punta de un anzuelo.

VIII

Cuando el Duque se recobró del vértigo y regresó al sitio de la catástrofe, volvió á ser lo que había sido siempre, un caballero cristiano. Declaró á todos su culpabilidad en la muerte de Samuel y mandó al cochero que fuese á dar parte al juzgado de Sevilla de la muerte de su amo, pidiendo que viniesen á instruir la debida sumaria quedando él custodiando al muerto para entregarlo á la justicia y entregarse él mismo.

¡Qué día! ¡qué casa! ¡qué desolación! Los que han nacido abajo, no pueden comprender las desventuras de esas grandes caídas. El que está en el valle no puede formar idea exacta de lo que sufre el que cae de lo alto del monte. ¡Dichosos los hijos del pueblo que nacieron pobres y no conocieron los honores! Esos han tenido mejor suerte que Valeria.

Antes de la noche se presentó el juez de Sevilla, y después de la declaración espontánea del Duque, que no trató de disminuir ni un átomo de su culpa, le manifestó que se veía en el triste deber de hacerle conducir preso á la cárcel de Sevilla.

Su causa era mala, pero cuando hubiese tenido atenuantes, la presencia del ministro inglés hubiera agravado la situación. Se trataba de un miembro de la familia Disraeli, y el proceso marchó tan rápido, que antes de ocho meses el Duque fué condenado á diez años de presidio en Ceuta. El Duque aparecía como un hombre que después de haber tomado un préstamo de un negociante le mata, cuando va á cobrar el dinero, en su propia casa. Si no le condenaron á muerte fué porque los sabios magistrados de Sevilla vieron en este proceso una buena fe en el reo que les hacía adivinar lo que realmente había sucedido.

En el mismo vapor que conducía á Ceuta al condenado iba una mujer vestida de negro y una niña como de cuatro años. Eran Valeria y Rosita que acompañaban á Alvaro para estar á su lado en Ceuta el tiempo de la condena.

Rosita que debía haber sido una princesa opulenta, iba á vivir entre presidiarios.

El día en que se publicó la sentencia condenando al Duque, se reflejaba la opinión de los partidos en sus órganos de este modo:

EL CLAMOR PÚBLICO (progresista)

«El Duque de Hansfeld, Marqués de Kalbar y Conde de Osobona y de Bryas, ha sido condenado á diez años de presidio por haber ahogado á un inofensivo israelita con quien tenía cuentas pendientes. Esta es una de tantas glorias de nuestra nobleza española que es escándalo de Europa. ¿Hasta cuándo han de tolerarse esas demasías? Puede estar ufano el partido conservador con poseer en el parlamento estos magnates que quieren parecer gigantes cuando no son más que pigmeos. ¿Qué dirá la Ingh-

terra, esa nación libre que ha dado hospitalidad á los que gimen en el ostracismo?»

LA ESPERANZA (realista)

«La condena del Duque de Hansfeld es una verdadera desgracia para la nobleza y prueba lo que hemos repetido tantas veces con sereno juicio: que la nobleza no puede hacerse liberal sin degradarse.»

LA DISCUSION (demócrata)

«No ha terminado en España el odio contra los hebreos; un honrado negociante perteneciente á aquella raza perseguida, acaba de ser asesinado por un individuo de la nobleza española. El tribunal ha condenado al Duque asesino á diez años de presidio. Si en vez de un Duque hubiera sido un humilde artesano ¡cuánto no alborotarían con la democracia!»

LA EPOCA (conservadora)

«El fatal accidente ocurrido al Duque de H... ha tenido la lamentable consecuencia que nos comunica hoy el órgano oficial, y que llevará la consternación á la alta aristocracia del Rhin. El Duque de H... está enlazado con la primera nobleza alemana que tiene ramificaciones en varias cortes europeas por diversos enlaces de los antiguos Hansfelds-Hornearhek-Taxis-Dimaralchenk, miembros de casas Ducales de Dinamarca y de Hungría. Por parte de padre descienden de Cristian III por enlace de la cuarta mujer, la princesa de Kalbar, uno de cuyos biznietos casó con la princesa Palatina, y por parte de madre de la princesa Kansebourh-Bryas que casó con el Duque de Brounkuh-Gottorp-Hasse.

«No sería extraño que el príncipe de Hakinperhes-Saxe-Turris cuyos títulos y riquezas inmensas debiera heredar el Duque de H... se creyera en el deber de pedir al capítulo de la alta nobleza germánica que se dignase designar otro heredero por la desgraciada ocurrencia que tal vez, y probablemente, imposibilite al Duque de H... para ceñir la diadema principesca donde brillan triples florones de las casas de Hansebergh-Kusembourgh y Kalsembak. Reciban todas aquellas ilustres casas la simpatía que desde este país caballeresco les envía la *Epoca*.»

EL GIL BLAS (satírico)

«Cuando el insigne Víctor Hugo escribió *El Rey se divierte*, escribía bien. Parece que nuestros nobles se divierten en echar judíos á nadar. Es el mejor modo de saldar cuentas que no pueden pagarse. Los tribunales han enviado á Ceuta al ilustre Duque para que vaya á pescar truchas. ¡Buen viaje!»

CAROLINA CORONADO

ESTUDIO DE LAS CORRIENTES DEL ATLÁNTICO

El príncipe hereditario de Mónaco, así en su nombre como en el del profesor Pouchet, ha dado á conocer á la Academia de Ciencias un importante experimento que practicaron en las corrientes del Atlántico, y que por fortuna dió algún tiempo después resultados. El príncipe Alberto se encargó de emprender una excursión en su hermoso yacht de vela, la *Golondrina*, que no es la primera vez que presta sus servicios á la ciencia, para arrojar en el mar todo un material flotante, costado con parte de una suma que el Consejo municipal puso hace cuatro años á disposición del profesor Pouchet para un viaje científico á las Azores. Seguramente no se podía hacer mejor uso de ese dinero.

En el mes de enero último, la *Golondrina* mandada por el príncipe Alberto, salió del puerto de Lorient, llevando más de doscientos cincuenta flotadores de tres clases: una de botellas; otra de esferas de cobre; y la tercera de barriles. En cada uno de estos flotadores se había puesto un tubo de cristal sellado á la lámpara y conteniendo un impreso del que reproducimos aquí el facsímil. El papel se arrollaba en los tubos de cristal de manera que se viese que estaba escrito en varias lenguas, para que cada cual pudiese reconocer la suya.

El tapón de las botellas está cubierto de un casquete de cautchuc que puede resistir algunos meses á la acción del mar, y que preserva el corcho, impidiéndole pudrirse.

El cierre definitivo de las esferas de cobre y de los barriles se hizo en los arsenales de Lorient, donde el ministro de Marina se apresuró á dar órdenes para que se ejecutaran estos pequeños trabajos.

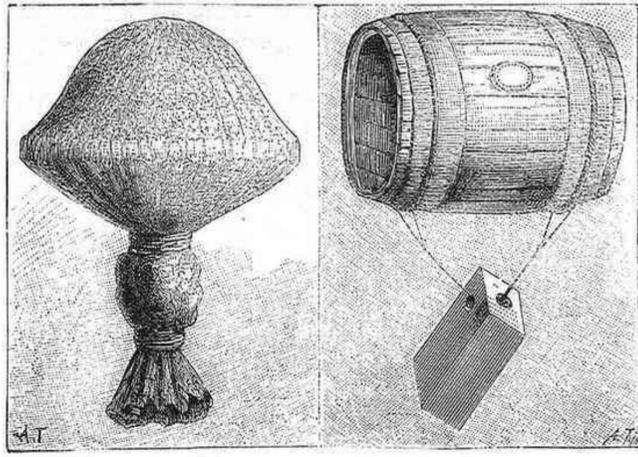
Las esferas se componen de dos mitades con rebordes salientes que se aplican sobre un círculo de cautchuc y se oprimen fuertemente por medio de tornillos de cobre: era necesario indicar que las esferas se debían abrir, porque contenían alguna cosa.

Los barriles son pequeños toneles muy sólidos, como los que se emplean para el transporte de la cerveza; se construyeron con madera de encina, sujetándose las duelas con aros de hierro, sin más abertura que el orificio, cuidadosamente tapado con una placa de cautchuc forrada en cobre; están embreados interiormente, embetunados y pintados por fuera. Se llenaron de paja de avena para llamar la atención sobre su contenido antes que se pensara en utilizarlos.

A fin de evitar la acción de los vientos era preciso que los flotadores se sumergiesen casi enteramente en el agua; y por otra parte, era de prever que aumentarían forzosamente de peso por infiltraciones posibles, por la acción del agua en las duelas al cabo de algún tiempo; y últimamente, por los animales, algunos de concha caliza, que no dejarían de fijarse en ellos. Sin embargo, como faltaban nociones positivas, y también tiempo para buscar un procedimiento que aligerase progresivamente las dos cl-



Reducción á 1/4, por medio del heliogravado, del anuncio impreso, colocado en los flotadores para el estudio de las corrientes marinas



Flotador de cobre Flotador barril

ses de flotadores, el príncipe de Mónaco y M. Pouchet adoptaron un medio equivalente. Hé aquí en qué consistía: alrededor de cada barril fijaron dos aros comunes, á los que nada preservaba contra la acción del mar; por estos dos aros se pasó un alambre de hierro que también debía enmohecerse, y del cual se suspendió una goa del peso necesario para que la fuerza ascensional del barril no excediera mucho de un kilogramo. De este modo la parte sumergida no representaba siquiera un decímetro cúbico.

Confían en que al cabo de algún tiempo los aros de madera y los alambres quedarían corroídos, y que la goa caería; entonces el barril, por pesado que fuera, podía flotar aún largo tiempo.

Con el mismo fin, cada esfera metálica se encerró en un tosco saco de yute con arena y piedras: suponíase que la arena caería poco á poco, pudiéndose el saco, si no era devorado por los animales marinos (M. Pouchet ha reconocido que los crustáceos pelágicos, copípodos y otros, aunque esencialmente carnívoros, atacan también los textiles vegetales); y que entonces la esfera, aligerada

de peso, seguiría sobrenadando á pesar de las infiltraciones, si se producía alguna, con la carga viva que seguramente se habría fijado en aquélla.

La *Golondrina* marchó á las Azores el 3 de junio último, y después de hacer escala en Fayal y en Flores, dirigióse al sitio en que debían arrojarse los flotadores, entre cien y doscientas millas al noroeste de Corvo, última isla del archipiélago por el lado de América.

Del 27 al 28 de julio practicóse la operación, lanzándoles al agua de mil en mil; emplearon en ella treinta y seis horas, y toda la tripulación del yacht trabajó, pareciendo interesarse en la empresa tanto como el mismo comandante. Terminada su misión científica, la *Golondrina* enderezó el rumbo á Lorient, adonde llegó á fines de agosto.

Ya se habían encontrado dos ó tres flotadores, y enviábase los documentos, con el reconocimiento oficial, al ministro de Negocios extranjeros. En la costa norte de San Miguel, al este de las Azores, habíase recogido dos botellas el 15 y el 16 de setiembre; y al sud de Santa María, la última de las islas por el lado de Africa, habíase pescado un barril el 15 de octubre. Los flotadores habían contorneado, ó atravesado, pues, las Azores con la velocidad de diez y ocho kilómetros cada veinticuatro horas, poco más ó menos. ¿Adónde se dirigen ahora? De todos modos se puede considerar como probable que ninguno recalará en Europa.

Así pues, las aguas del Atlántico, aun á más de cien millas al noroeste de Corvo, no son conducidas hacia nuestras costas, ni llegan tampoco á templar la Francia. Si en realidad existe una corriente cálida en el norte del Atlántico, que influye en el clima de Bretaña, forzoso es admitir que esta corriente, después de haber remontado al norte por el lado de América, trazará bruscamente una curva hacia el este, en la región misma donde encuentra los hielos y las aguas frías que bajan del norte, y que deben contribuir mucho á enfriarla.

El experimento que acaban de practicar el príncipe hereditario de Mónaco y M. Pouchet exige otros; y seguramente no es la buena voluntad lo que falta á los que han sabido ya llevar á buen fin esta primera tentativa.

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Su cráneo es braquicéfalo y su talla sumamente escasa, pues por término medio, según nuestras observaciones, sólo da 1^m,48 para los hombres y 1^m,46 para las mujeres; el tórax está poco desarrollado; la pierna carece de pantorrilla; el pie, desviado hacia adentro, comunicales un aspecto raquítico, aunque no repugnante; no son mucho más sucios que los indígenas de la península de Malaca, y parecen aún más tímidos. Tales son los caracteres



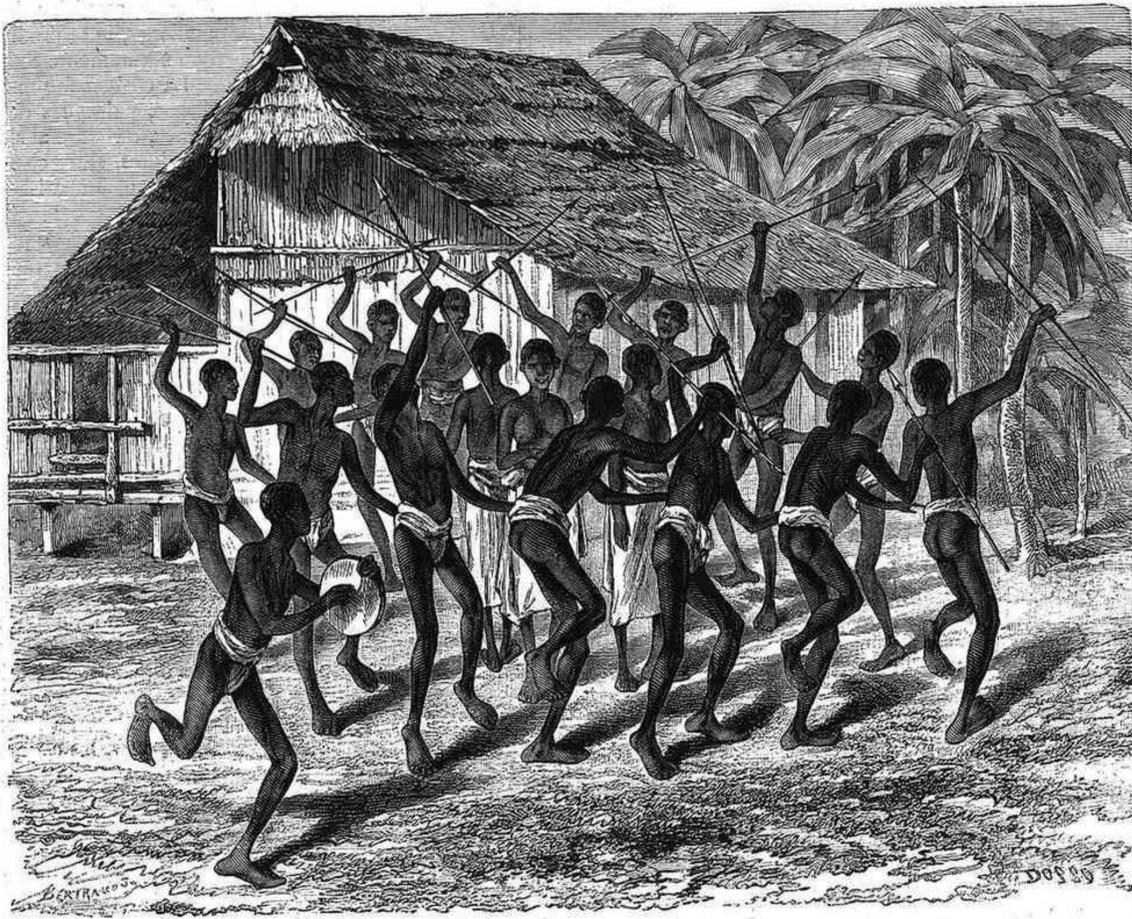
UN MODELO PACÍFICO, cuadro de F. Kallmorgen

Kallmorgen

anatómicos más marcados de estos antiguos dueños del país, que poblaban en otro tiempo toda la extensión de las Filipinas y cuyos dominios se extienden mucho más lejos aún, puesto que MM. Quatrefages y Hamy encontraron los rasgos característicos de su raza en ciertos cráneos de la India y del Japón.

En cuanto á sus caracteres y costumbres, una visita á su tribu nos pondrá al corriente del asunto.

Después de una larga excursión á caballo en medio de los arrozales, por caminos bastante buenos, llegamos al pie del monte Samat, espólón de la sierra de Mariveles, situada al oeste de Balanga. Dejamos los caballos en una hacienda propiedad de D. Cipriano, y emprendemos la ascensión de la montaña. Interrumpen nuestra marcha los arrozales, que se elevan á gran altura, y que producen una cosecha más abundante, aunque menos apreciada que la de las llanuras. Cada campo está circuido de una empalizada, á fin de preservarlos de los jabalíes de los bosques vecinos; á cada momento es preciso saltar los vallados, lo cual cansa bastante al cabo de algún tiempo. Traspasamos la zona cultivada por los tagalos, y subiendo siempre, llegamos á las tierras de los Negritos. En la cima de un montecillo, en medio de un desmonte, donde aun se ven troncos cortados y carbonizados, elévase la caseta del jefe, pequeña pero muy limpia, porque es nueva. Desde esta caseta se disfruta de un golpe de vista magnífico; divisase toda la bahía de Manila, circunscrita por un anfiteatro de montañas azules; á nuestros pies se extiende, entre el mar y las primeras colinas, la llanura cultivada, verdadero jardín formado por los cuadros regulares de los arrozales, mezclados con árboles entre los cuales se deslizan tranquilos arroyuelos; detrás de nosotros elévase soberbias cimas, cargadas de impenetrable bosque; y al alcance de la voz, en las alturas de las inmediaciones, extiéndense los desmontes de las casetas de los demás individuos de la tribu.



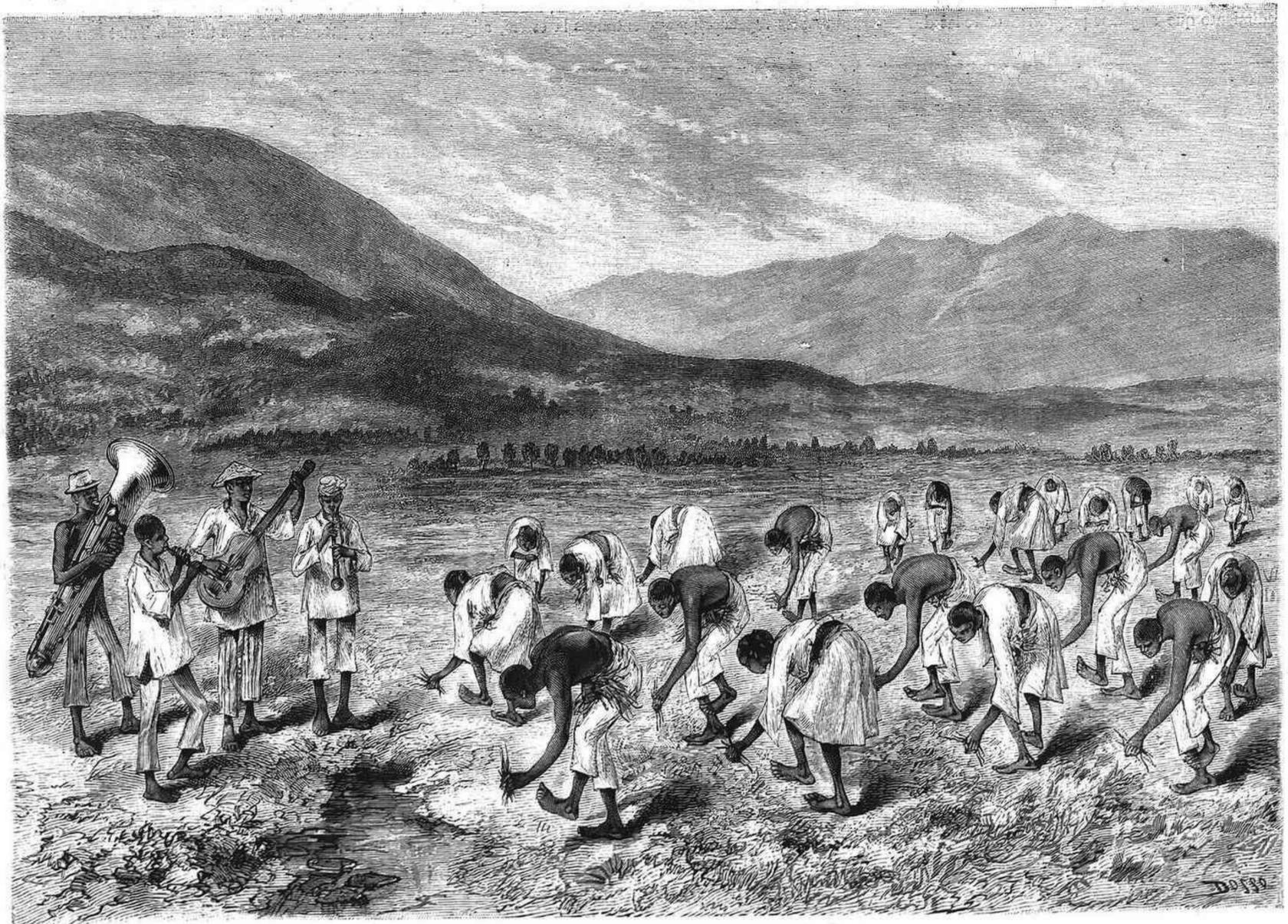
Viaje á Filipinas.—Danza de bodas entre los Negritos.

El jefe Negrito, completamente desnudo á nuestra llegada, se apresuró á ponerse el frac legendario de que se muestra tan orgulloso; él y su mujer llaman á sus súbditos con toda la fuerza de sus pulmones; sus gritos se repiten como un eco de caseta en caseta, de desmonte en desmonte; y muy pronto toda la tribu (una docena de hombres y otras tantas mujeres) se reúne cerca de nosotros.

Mientras que esta pobre gente se agrupa alrededor de las provisiones que hemos traído para ellos, examinamos la vivienda del jefe, en la cual sólo vemos dos arcos, cinco ó seis flechas, y media docena de platos, adquiridos por vía de cambio, sabe Dios con qué condiciones, en el pueblo vecino. Por mucha que sea la sencillez de los Negritos, el contacto con los tagalos ha creado en ellos ciertas necesidades: necesitan tabaco, algunas telas, un poco de hierro para la punta de sus flechas; y dan en cambio

lentamente, y á intervalos golpean el suelo con el talón izquierdo; tres mujeres se mantienen en el centro del círculo, entonando con todas sus fuerzas un cántico cuyas notas son siempre las más agudas; y un joven Negrito, portador de unas ligas hechas con cerdas de jabalí, y que toca á intervalos un pequeño tambor, penetra rápidamente en el círculo, da vueltas alrededor de las mujeres, va y viene, sale y vuelve á entrar, siempre con el aire inquieto y astuto de un ladrón que teme ser sorprendido. Nuestro intérprete nos dice que aquel salvaje representa al diablo; y no podemos obtener ningún otro dato sobre este personaje, tan importante bajo el punto de vista etnográfico; pero su presencia basta para demostrarnos que en los Negritos existe la concepción de lo sobrenatural. ¿Y cómo no había de ser así?

(Continuará)



Viaje á Filipinas.—Plantación del arroz al compás de la música, por los tagalos

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN